

Mesa 9: La historia medieval y sus fuentes: aportes, problemáticas y perspectivas

Coordinadores: Federico Martín Miliddi, Andrea Vanina Veyra, Pablo Sarachu

Título de la ponencia: *Elementos campesinos en la política burguesa: un estudio comparativo. Francia, 1358 y 1789.*

Autor: Manuel Ríos

Pertenencia institucional: FFyL-UBA

Documento de identidad: 32 891 165

Correo electrónico: manuelrios1987@yahoo.com.ar

Autorización para publicar: Autorizo la publicación.

En 1358 estalla en la región de Île-de-France una inmensa revuelta campesina, que ha quedado inmortalizada por uno de sus cronistas, Jean Le Bel, como la *jacquerie*, nombre derivado de *jacques*, forma en la que se les decía a los campesinos. Esta revuelta se destaca de entre otras por haberse desarrollado en simultáneo a una insurrección burguesa en París liderada por Etienne Marcel, preboste de los comerciantes. La posibilidad de una articulación entre ambos fenómenos llevó a algunos historiadores¹ a pensar al proceso histórico en cuestión como una revolución (fallida, claro está). De ahí a la comparación con la revolución francesa hay un pequeño paso, y no debe sorprendernos. Desde el siglo XIX, la revolución francesa ha sido erigida por distintas corrientes de pensamiento como mito fundante de la contemporaneidad, lo cual la ha convertido en un objeto de enorme interés. Que historiadores anteriores, así como nosotros mismos, caigamos en la tentación de acudir a ella para explicar una revolución tan lejana en el tiempo no debe sorprender a nadie. De este modo, y a riesgo de reproducir el *status quo* historiográfico, creemos pertinente la comparación de ambos fenómenos.

Tanto en 1789 como en 1358 encontramos una total descomposición de los aparatos estatales. 1358 nos encuentra en plena guerra de los cien años, y en un mal momento para Francia. En 1356 ha sido capturado el rey Juan por los ingleses. Las necesidades de la guerra han debilitado las arcas del Estado, por lo que se intentan aumentar los impuestos para poder financiar la guerra. En este marco, en Francia gobiernan los Estados generales, en los cuales representa a las ciudades el mismo Etienne Marcel. Pero su capacidad efectiva de gobierno es muy limitada. En estos años del siglo XIV, por toda Francia pululan bandas de soldados, bandidos, incluso nobles que saquean aldeas y castillos. En el siglo XIV, los ejércitos aun no han sido estatizados, y consisten en gran medida en bandas de vasallos encabezadas por señores reforzados por mercenarios. Con o sin sus señores, estos grupos recorren el territorio saqueando aldeas y ciudades. Y los señores, cuyo rol es la defensa de las comunidades, están afuera en batalla o se suman a las bandas de saqueadores. El poder estatal ha desaparecido, tanto a nivel de un Estado central, como en lo que respecta a las

1 Mollat, M., y Wolff, P., *Uñas azules. Jacques y Ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV*, Madrid, siglo XXI, 1976.

funciones estatales que desempeñan los señores en sus señoríos: protección, justicia, etc. Y, en ciertas ocasiones, la captura del señor impulsa a su familia a aumentar las cargas del campesinado². En este contexto, los campesinos se arman, en defensa de su subsistencia. El poder de policía no es ejercido por nadie. No sorprende entonces que en esta gigantesca crisis económica y política emerja desde la burguesía parisina una verdadera alternativa al poder del monarca, que propone el control de los impuestos por parte de los Estados generales.

La Francia de fines del siglo XVIII no presenta una situación tan diferente. Desde la década del '70 que el Estado viene haciendo malabares para poder mantener en orden las finanzas. En 1789, la crisis alcanza su cenit cuando se intenta gravar a la aristocracia, que impulsa una convocatoria a Estados generales. Estos buscan controlar, el aparato impositivo. Por otra parte, en el campo la efervescencia crece. Allí, el descontento tiene una larga historia. El siglo XVIII combina una reacción señorial que logra reactivar exacciones caducas en algunas regiones con el avance de señores y plebeyos sobre el comunal y derechos comunales de la aldea en su conjunto³. En 1788 estallan violentas insurrecciones en el Franco-condado, una región donde las rentas feudales ocupan una parte importante de los ingresos de la nobleza. En marzo y abril del '89 las insurrecciones se multiplican en varias zonas de Francia. En este contexto, el Estado permanece inoperante. La crisis financiera ha debilitado considerablemente su capacidad para el uso de la fuerza. Hay un vacío de poder que es ocupado de hecho por la burguesía y la nobleza. No solo por la reafirmación de los Estados generales en junio y su transformación en Asamblea Nacional, si no porque ya en marzo se forman milicias burguesas que reprimen las insurrecciones campesinas. La nobleza por supuesto se suma a esta iniciativa, y nobles y burgueses reprimen al cuarto estado⁴. Sin embargo, los sucesos del 14 de julio influyen negativamente en este frente. Después de todo, una porción significativa de la burguesía busca, al menos, un importante cambio en materia política y económica, sin que esto implique -aun- la ruptura total con la aristocracia. En julio se multiplican exponencialmente las insurrecciones campesinas con quemas de castillos, y al conflicto interno hay que sumarle los miedos a una invasión extranjera, que comienzan a cosecharse en estas fechas.

Como podemos ver, salvando las distancias, ciertos elementos hacen que no sea tan descabellado tener en mente a la revolución francesa cuando analizamos los sucesos de 1358, y viceversa. En ambos casos percibimos una descomposición del aparato represivo (sea este estatal o nobiliario) y la construcción de redes de autodefensa, una fuerte crisis financiera, la amenaza de

2 Fourquin, G., *Los levantamientos populares en la edad media*, Madrid, EDAF, 1976.

3 McPhee, P., *La Revolución Francesa, 1789-1799. Una nueva historia*, Barcelona, Crítica, 2007; Boutier, G., "En un débat douteux. Les communaux, quels enjeux dans la France des XVIIIe-XIXe siècles?" en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, n° 53, Paris, Belin, 2006.

4 Lefebvre, G., *El gran pánico de 1789*, Barcelona, Paidós, 1986.

tropas extranjeras y la conformación de un frente político que disputa el poder en el marco de los Estados generales. Finalmente, podemos agregar, que en ambas ocasiones creemos que el campesinado juega un rol fundamental. En 1358, la alianza entre la burguesía y el campesinado no se consolida, y la revolución fracasa. En 1789, es justamente esta alianza la que permite en gran parte llevar adelante la revolución, al menos hasta la caída de los jacobinos⁵. Todas estas cuestiones en común hacen que semejante comparación no sea en ningún sentido original. Si ya lo hicieron los románticos en el siglo XIX, otros lo siguieron haciendo a lo largo del XX. Lo llamativo, sin embargo, es que siempre se tendió a comparar la *jacquerie* de 1358 con el gran miedo o gran pánico de 1789⁶, basándose en una serie de similitudes características de ambos procesos insurreccionales campesinos, más allá de las semejanzas ya consideradas de las coyunturas.

En primer lugar, lo más evidente resulta la corta extensión en el tiempo del gran pánico, que se desarrolla entre mediados de julio y los primeros días de agosto, y la *jacquerie* de 1358, que dura unas dos semanas. En segundo lugar, en ambos casos presenciamos la organización del campesinado frente a la amenaza de bandas de hombres de armas, sean bandidos, extranjeros, soldados (sean estos reales o imaginarios). Por otra parte, aparentemente ambos fenómenos alcanzan altos grados de violencia, y su manifestación más clara es la quema de castillos (así como el asesinato de sus destacados ocupantes). A esto hay que agregarle la forma de difusión de los fenómenos. Ambos tienen acotados espacios geográficos producto de expansiones desde varios focos insurgentes. Incluso coinciden geográficamente en zonas como la Île-de-France o Champagne, donde se desarrollaron pánicos en julio de 1789 e insurrecciones campesinas en 1358. Por último, no podemos evitar destacar en la obra de algunos historiadores, la idea de la ausencia de un programa político⁷.

A diferencia de estos historiadores, nosotros creemos que un estudio en clave comparativa entre el gran pánico y la *jacquerie* de 1358 lejos de echar luz sobre lo sucedido, oscurece el panorama. Consideramos que esto es el resultado de confundir al conflicto agrario, incluso a aquellas insurrecciones de julio de 1789, con el gran pánico. Sin ser dos fenómenos aislados, sí son dos cuestiones diferentes⁸. Como veremos a continuación, creemos que algunos elementos característicos de las revueltas agraria de 1789 son mucho más relevantes a la hora de pensar la revolución de 1358. Fundamentalmente, estamos pensando en el carácter antiseñorial de las insurrecciones que caracterizan a julio del 89, pero que se extienden hasta 1793. Además, un estudio

5 McPhee, P., "The French Revolution, Peasants and Capitalism", en *The American Historical Review*, n° 94, Chicago University Press, Diciembre de 1989.

6 Mollat, M., y Wolff, P., Op. Cit.; Fourquin, G., Op. Cit., Lefebvre, G., Op. Cit..

7 Fourquin considera a la *jacquerie* de 1358 un terror producto de la coyuntura, con reivindicaciones acotadas a la solución de sus problemas más inmediatos y sin perspectivas políticas más amplias.. Fourquin, G., Op. Cit.

8 Lefebvre, G., Op. Cit.

de los proyectos políticos que emergen en 1789 a nivel del campesinado nos puede permitir repensar el carácter “aprogramático” que se le otorga a los sucesos de 1358, y dejar abiertos nuevos interrogantes.

París y la jacquerie de 1358

Como ya planteara Lefebvre para 1789, en 1358 la revolución parisina y la insurrección campesina tienen orígenes autónomos. En lo que respecta a los parisinos, nos contentaremos con mencionar sus aspectos más generales. A la cabeza de la revuelta parisina encontramos a Etienne Marcel, quien combina una estrategia fundada en el reformismo y en la acción directa, que involucra combates armados y huelgas. Su programa no plantea la aniquilación del feudalismo, pero sí busca una especie de carta magna para poder tener un mayor control sobre la monarquía. Se apunta contra ciertos consejeros del rey, impulsando su destitución. También se pretende el control de los impuestos. En estos aspectos, el programa no plantea ninguna contradicción con un minoritario sector reformista en el seno de la nobleza, y expresa las voluntades políticas de un sector de la burguesía y el pueblo parisinos. Pero en este último sentido, se va más lejos, incorporando ciertas reivindicaciones populares: protecciones contra la pobreza, disminución de los impuestos, e incluso la legitimación de la autodefensa contra los “tomadores” si estos quisieran “golpear, hacer villanías y forzar, de vengarse de semejante manera”⁹. Evidentemente este último aspecto (que evidencia el debilitamiento del aparato represivo del Estado y los señores) hace dudar a la nobleza que, mismo en su sector más reformista, no tiene muchas simpatías para con Marcel. Marcel es consciente de las limitaciones que tiene su movimiento político, y, con el intento de fortalecerse, libera al rey de Navarra (candidato al trono, encarcelado en Francia) y busca conseguir el apoyo de comerciantes de otras ciudades con los que se ha relacionado justamente por su actividad económica. Sin embargo, la revoltosa París no hace mucho eco en las otras ciudades, y Marcel se ve cada vez más aislado. Solo queda un aliado a quien recurrir, frente a una nobleza que reagrupa fuerzas detrás de Carlos, Delfín y Duque de Normandía, que pretende derrotar la revolución en curso .

La *jacquerie* estalló en mayo de 1358, luego de un intercambio de insultos y la posterior resistencia de un grupo de campesinos al intento de exacción de sus cosechas por parte de un grupo

9 Mollat, M., y Wolff, P., Op. Cit., Pág. 104.

de hombres de armas. Los campesinos vencen, y el rumor del incidente se difunde por la campiña. Jean Froissart es claro en su relato de los sucesos:

Muy poco tiempo después de la liberación del rey de Navarra sucedió una terrible y gran tribulación... Algunas gentes de las villas campesinas se reunieron sin jefe en Beauvaisis . Al principio no eran ni cien hombres, y dijeron que todos los nobles del reino de Francia, caballeros y escuderos traicionaban al reino, y que sería gran bien destruirlos a todos.

Y más adelante continúa:

Entonces, sin otro consejo y sin otra armadura más que bastones con puntas de hierro y cuchillos, se fueron a la casa de un caballero que estaba cerca de allí. Destruyeron la casa, mataron al caballero, a la dama y a los hijos, se fueron a un castillo y actuaron aun peor... Así hicieron en muchos castillos y buenas casas, y fueron creciendo tanto que llegaron a seis mil¹⁰.

Aquí percibimos con claridad una pérdida de respeto por los señores. La palabra traición en ese sentido es más que ilustrativa. La acción que estos toman consiste en el saqueo del castillo, y por supuesto, al menos durante dos semanas, el desreconocimiento, en la práctica, del régimen feudal. Podemos incluso detenernos a pensar incluso en las similitudes que hay entre las bandas de saqueadores y el mismo señor. Para empezar, muchas bandas son lideradas por señores de otros pagos. Pero además, hay que considerar que el momento en el que el señor recolecta la renta no es un momento pacífico, en el cual el campesino le otorga, sin emitir la más mínima queja, una porción de su cosecha que puede ser la diferencia entre la vida y la muerte para él y su familia. Cuando se materializa la exacción por parte del señor, las tensiones se agudizan. No es un simple recolector el que acude a la aldea para realizar el cobro, es una tropa de hombres armados¹¹, como también lo son, lógicamente, las bandas que rondan la campiña francesa en estos años. La única diferencia es que el señor, a diferencia de una banda de saqueadores, tiene fijadas por la costumbre, en primer lugar, la cantidad de bienes o dinero a exigirle a cada campesino, en segundo lugar, una serie de funciones que lo legitiman de cara a la comunidad. Ahora sí, en 1358 el campesinado considera que hay una dislocación entre el tributo que ellos pagan al señor y las funciones que este debe cumplir. Básicamente, no está defendiéndolos. Ellos deben sufrir el saqueo de bandas, y además, ¿pagar la renta? Desde esta perspectiva, ¿que diferencia hay entre un grupo de hombres de

10 Froissart, J., *Crónicas*, Madrid, Siruela, 1988, Págs. 179-180

11 Astarita, C., “¿Tuvo conciencia de clase el campesinado medieval?” en *Edad Media. Revista de Historia*, nº3, Universidad de Valladolid, 2000.

armas y otro? El señor ha traicionado a sus campesinos, y por ende, estos han dejado de verlo como alguien socialmente útil. Esta es justamente la explicación que encuentra Tocqueville¹² para las insurrecciones antiseñoriales de 1789.

Pero no se puede reducir la revuelta a una pérdida de respeto por el señor. Ciertas tendencias objetivas también incentivan el descontento. En 1351 una nueva legislación sobre salarios busca contrarrestar las tendencias al alza producidas por la depresión demográfica. Sin duda alguna esto perjudica enormemente a aquellos que no tienen suficiente tierra como para reproducir a su familia, y deben complementar los ingresos familiares con un jornal. Además, en la zona de París, cambios en las normas de arriendos han precarizado la existencia campesina al reducir los plazos del arriendo¹³. Es de destacar también que las zonas insurreccionales coinciden con las zonas de mayor rendimiento cerealero del siglo XIV. Esto tiene que ver sin duda alguna con la caída de los precios del trigo en el marco de un aumento de las demandas monetarias¹⁴. Por último, además de las críticas a la nobleza, está latente la idea de que el dinero recolectado en los impuestos está siendo derrochado. Eso explica en gran parte el carácter antifiscal que adopta la revuelta.

Lo que comienza como una batalla puntual entre un grupo muy reducido de hombres, rápidamente se transforma en un movimiento. La insurrección se expande por Picardía, Champagne, y Lorena. Algunos disturbios son perceptibles en Amiens, Artois, Ponthieu y hasta Aux al sur. Los campesinos se organizan, e incluso los cronistas de la época mencionan la emergencia de un jefe, un tal Guillermo Carle. Este hombre logra darle cierta racionalidad política al movimiento, ya que los campesinos comienzan a saquear castillos más estratégicamente situados, y es él quien parece haber comprendido la importancia de una alianza con París. En paralelo a la quema de castillos por parte de los *jacques*, Etienne Marcel ordena una serie de incursiones fuera de París contra objetivos militares, fundamentalmente, fortalezas. Por otra parte, envía un contingente para reunirse con Guillermo Carle y negociar una alianza que pueda darle a ambos movimientos una salida política a la crisis. Pero no se llega a nada. En el interim, El rey de Navarra rompe el frente parisino y ataca a los *jacques*. Su raigambre en la nobleza es más fuerte que su temporal alianza política con Marcel y la burguesía parisina. Sencillamente, la lucha de clases encuentra al rey de Navarra del otro lado. De aquí en adelante, todo marcha mal para Marcel. El acercamiento con los campesinos siembra dudas y finalmente rompe su frente político interno (incluso en el seno de la burguesía), y la lucha facciosa lo va desplazando. Una serie de derrotas militares lo aíslan cada vez más, y finalmente acabará siendo asesinado el 31 de julio de 1358. ¿Y cuál es la suerte de los

12 de Tocqueville, A., *El antiguo régimen y la revolución*, Alianza, Madrid, 2004.

13 Mollat, M., y Wolff, P., Op. Cit.

14 Fourquin, G., Op. Cit.

jacques? Sin el apoyo de París, solo les queda aguardar lo inevitable. El Duque de Normandía y el rey de Navarra, aun enfrentados, continúan con el saqueo indiscriminado, a la vez que reprimen duramente a los *jacques*. El mismo Rey de Navarra organiza una emboscada donde encuentra la muerte Guillermo Carle. La represión de la *jacquerie* la lleva adelante la nobleza. Unos quince días más tarde del primer enfrentamiento, un baño de sangre le pone fin a la revuelta de los *jacques*. Durante años los señores seguirán persiguiendo en las cortes a los campesinos, en busca de indemnizaciones por su insolencia y sus destrozos.

El gran pánico de 1789

El gran pánico de 1789 es el nombre que se le da a una serie de pánicos que estallan durante la segunda mitad de julio y los primeros días de agosto, y que fueron minuciosamente estudiados por Georges Lefebvre¹⁵, a quien le debemos una enorme parte de lo que sigue. Si bien a fines de 1789 se cree que el gran pánico tiene un solo origen, la realidad es que este estalla en distintos puntos y luego se expande por la campiña, siguiendo en regla general las rutas tradicionales. ¿A qué se le teme? A cualquier cosa: extranjeros, vagabundos, tropas de saqueadores. La realidad es que el objeto que provoca el pánico varía de región en región, dependiendo de las particularidades regionales. En los pirineos, son temidos los españoles, que migran en busca de trabajo en tiempos de cosecha. Más al este, son los saboyanos. Incluso, varían los miedos. En el norte, se teme a la quema de la cosecha., donde el monocultivo sensibiliza más a los campesinos en torno a este tema. En el sur en cambio, el miedo se cierne sobre la integridad de las personas y los edificios¹⁶. Sin embargo, la realidad es que el miedo no es algo nuevo en 1789. Es una constante histórica de la precaria existencia del campesinado, que si bien ha conquistado la subsistencia en algunas regiones, no por eso ha dejado de ser muy vulnerable a circunstancias varias que pueden arruinarlo: una plaga de langostas, un saqueo, un incendio, etc. Incluso, en varias regiones, la conquista de la subsistencia es un objetivo pendiente.

¿Qué transforma el miedo en pánico? Sin duda alguna, este paso se debe a la coyuntura particular de 1789. Previamente hablamos de sublevaciones campesinas en 1788 y 1789, y la conformación de milicias burguesas. Lefebvre considera que sin duda alguna estos eventos influyen en el pánico. En su origen, debemos encontrar entonces la desarticulación del aparato represivo del Estado, y la total incertidumbre que producen los sucesos de París y Versalles. El pánico se origina

15 Lefebvre, G., Op. Cit.

16 Tackett, T., “La grande peur et le complot aristocratique sous la Révolution française” en *Annales de la Revolution française*, n°335, Armand Colin, enero-marzo de 2004.

en un rumor, que tiende a ver bandidos donde no los hay. Así, la noticia de una insurrección en alguna región es interpretada como la venida de bandas extranjeras, y la resistencia de dicha comunidad al invasor. Rápidamente suenan las campanas, se arman los puestos de defensa, y las aldeas aguardan, con sumo nerviosismo, la llegada de las bandas de saqueadores. Y de una aldea a otra, el rumor se difunde. Llegan noticias de violaciones, muerte. “Y en verdad, ¿qué es el pánico sino una gigantesca noticia falsa?”¹⁷, sentencia Lefebvre. Este pánico, en Lefebvre, está asociado a la idea del “complot aristocrático”. Esto le da un sentido de clase. No solo se teme a los bandidos, si no que las noticias que llegan de París, donde el Tercer Estado se organiza contra la nobleza, hacen creer que los bandidos están organizados por los aristócratas con el fin de sembrar el terror en los campos y poner fin a la insolencia burguesa. Esta idea ha sido recientemente criticada por Timothy Tackett¹⁸. Según Tackett, no hay evidencias de que esta hipótesis estuviese vigente en los campos. Por el contrario, las distintas comunidades tienden a explicar sus miedos con tesis prerrevolucionarias, donde la amenaza la conforman los miedos tradicionales (saboyanos, españoles, etc.). La idea del complot aristocrático solo es perceptible en París y, con los tiempos de la época, difícilmente podría haber llegado al campo con tanta velocidad. A lo sumo, es en todo caso una conclusión que sacan los rurales *a posteriori* del pánico, con la llegada de las noticias de París. Después de todo, la gran cuestión del pánico es que los bandidos nunca llegaron. Los campesinos aguardan atrincherados en sus aldeas a una amenaza que nunca llega. En este contexto, y en el marco del auge de las luchas antiseñoriales y luego del 14 de julio, en algunas regiones el pánico es reinterpretado en clave antiseñorial (varias semanas después del 14). La “gigantesca noticia falsa” se transforma entonces en una mentira que los nobles elaboran con el propósito de asustar a los campesinos y alejarlos de cualquier iniciativa política. Es en ese entonces que se dan algunas quemadas de castillos. Sin embargo, a la hora de analizar las insurrecciones antiseñoriales de julio de 1789, solo una minoría encuentra sus raíces en el gran pánico. El grueso de los eventos responde a luchas políticas más claras, o si se quiere, que no necesitaron de los tiempos del pánico ni de los bandidos para lanzarse sobre el señor. De los muertos producidos por las revueltas en el campo, solo tres pueden ser atribuidas al gran pánico. Incluso, en algunas regiones, en vez de volcar a los campesinos contra el señor, ocurre todo lo contrario. Se refuerzan las solidaridades verticales, y es el señor quien lidera la defensa de la comunidad.

Es evidente que los sucesos relacionados con el gran pánico acentúan las tendencias vigentes en 1789. Para el 4 de agosto, los legisladores amparan bajo el mismo espectro al gran miedo y la revuelta agraria. Por otro lado, el gran pánico profundiza la toma de armas por pueblo. Empero, si

17 Lefebvre, G., Op.Cit., Pág. 103

18 Tackett, T., Op. Cit.

uno lo contrasta con la totalidad de los procesos de autodefensa populares y los movimientos de protesta en el campo, su peso sigue siendo insignificante. En lo que respecta a su rol revolucionario, la revuelta agraria opaca enormemente al gran pánico. No cabe duda entonces que la comparación de la *jacquerie* de 1358 se debe más a las características que enunciarnos al comienzo (corta duración, bandas armadas) que a el rol político que desempeñó, y a los verdaderos motores que desencadenaron uno y otros fenómenos. Si se nos permite el lugar común, se los compara más por la forma que por el contenido. Nuestro interés en el presente estudio, por cambio, es comprender el accionar político del campesinado, tanto en sus praxis cotidianas como en su grado de injerencia en el conflicto más amplio (las revoluciones). Creemos que esa es una particularidad que en cierta medida comparten la *jacquerie* de 1358 y la revuelta agraria de 1789.

La revuelta agraria de 1789-1793

Julio de 1789 combina diversos sucesos. El 14, la toma de la Bastilla. A fines de mes, comienzan a llegar noticias a París de lo que luego será conocido como el gran pánico. A lo largo de todo julio se suceden insurrecciones campesinas en todo el país, con quemas de castillos e incluso algunos asesinatos. Estos eventos consolidan el primer shock de junio, la transformación de los Estados Generales en Asamblea Nacional. Desde la toma de la Bastilla en adelante comienzan a circular noticias de emigraciones de nobles franceses al exterior, algunos de ellos diputados. De este modo, Francia llega a la noche del 4 de agosto en un estado de completa agitación, y con la clara sensación de que ya no hay vuelta atrás. Ahora solo queda la necesidad imperante de proteger las propiedades, y para ello, se debe tranquilizar la revuelta agraria. En esto posiblemente coincidan todos, desde los nobles más reaccionarios hasta el club de los bretones, futuro club de los jacobinos. Sin embargo, la diferencia está en el cómo. En este sentido, resultan más que interesantes los registros escritos que quedan de esa noche¹⁹. Los discursos rimbombantes se suceden. El vizconde de Noailles argumenta extensamente a favor de la supresión de los derechos y cargas feudales con el explícito propósito de llevar paz al campo y ratificar los derechos de los propietarios. Por su parte, el Duque de Aguiillon, miembro del club bretón, reivindica la acción popular, aunque coincide en la necesidad de tranquilizar a los revoltosos, y para ello exige la supresión de estos derechos. Ambos nobles renuncian y denuncian los derechos feudales, sin embargo, los reconocen como propiedad, y por consiguiente exigen la indemnización a la nobleza, o sea la supresión a través del pago. Entre los grandes y extensos discursos reproducidos, casi que pasa desapercibido el discurso

¹⁹ Buchez, P., *Histoire parlementaire de la Révolution française, ou Journal des assemblées nationales depuis 1789 jusqu'en 1815*, Tomo II, Paris, Félix Locquin, 1834, Pags. 224-242.

de un tal Cottin. En tan solo cuatro líneas se registran las demandas de este señor, que consisten en la abolición de la justicia señorial (muy impopular por su rol en la exacción del excedente a los campesinos) y en la “extinción” de todas las cargas feudales que acosan a los agricultores. ¿Quién es Cottin? Su nombre aparece en la lista de jacobinos confeccionada por Alphonse Aulard²⁰. Allí se lo menciona como constituyente por la ciudad de Nantes, y como propietario. Este hombre, en agosto, está exigiendo la aplicación del programa campesino, mientras los nobles exigen la indemnización. Hasta 1793, en cierto modo esta será una de las disputas fundamentales. Por un lado, desde la Asamblea Nacional, la derecha y el centro buscan favorecer a los nobles a través de legislaciones que eviten o moderen sus pérdidas (lo que se manifiesta de forma concreta en las interpretaciones de la ley que hace el Comité de temas feudales encabezado por Merlin de Douai), y por el otro, esparcido por todas las provincias, un movimiento campesino que a través de la acción directa (guerra a los castillos, ocupación de tierras) busca la total disolución del feudalismo. En la práctica, esto ya ocurre: las cargas feudales dejan de ser pagadas. Pero los campesinos apuntan a un reconocimiento de derecho de lo que ya ocurre de hecho. El campesinado francés tiene un programa para 1789 y los años sucesivos: la abolición sin indemnización del feudalismo. En esta lucha se acercarán a aquellos sectores políticos que hagan eco de sus demandas, entre los cuales se destacan los jacobinos. La relación será tortuosa, y no faltarán los conflictos. En muchas ocasiones contribuirá a escisiones por derecha dentro del club de los jacobinos. Para 1793, un significativo cambio en las praxis campesinas hace pensar que la política de los jacobinos ha tenido una cierta eficacia a la hora de darle carácter legal a ciertas reivindicaciones y llevar la paz al campo. A continuación, analizaremos algunos documentos oficiales de los jacobinos con el propósito de destilar los elementos de presión de los campesinos.

En las discusiones, estos no necesariamente se manifiestan tan nítidos, como tampoco lo hacen en las obras de los cronistas de 1358. Empero, es posible percibir ciertos conflictos puntuales que ilustran la relación entre campesinos y jacobinos. En muchas ocasiones, los mismos oradores que exponen problemáticas rurales son propietarios de tierras a la vez que jacobinos. Por su retórica, y por la posibilidad que tienen de abandonar sus tierras para ir a París (si bien muchas veces son gentes de la *hinterland* parisina), debemos pensar en propietarios acomodados. Estos (junto a los arrendatarios medianos y acomodados) serán el pilar de apoyo de los jacobinos en el campo²¹. En septiembre de 1790 se presenta en la asamblea jacobina de París Alexandre Méchin, un propietario de Fontainebleau (departamento de Seine-et-Marne, en la antigua región de Île-de-

20 Aulard, A., *La société des jacobins. Recueil de documents pour l'histoire du club des jacobins de Paris*, Tomo I, Paris, Quantin, 1892.

21 Soboul, A., *Problemas campesinos de la revolución 1789-1794*, Madrid, Siglo XXI, 1980.

France). Fontainebleau está rodeado por bosques, y presenta una particularidad. Antes de 1789, estas eran tierras del rey, y funcionaban como espacio de divertimento, ya que eran tierras de caza. La noche del 4 de agosto transforma el derecho de caza en una atribución del propietario del terreno, dándole a los campesinos la posibilidad de matar los animales que entrasen en sus cultivos, y transfiriendo a la municipalidad la potestad de caza en los bosques. Esto así ocurre en Nemours (Seine-et-Marne), donde este propietario “vive una parte del año”²². Allí, los propietarios se reúnen para precisar bien la legislación y acordar derechos entre ellos. En cierto modo refleja también que la legislación es sometida a evaluación a nivel comunal por aquellos que detentan el poder político (es este caso, la asamblea de ciudadanos activos: los propietarios). Pero en las tierras reales, esto parece no ser así. En Fontainebleau, los animales salvajes destruyen los cultivos con la total connivencia de la municipalidad, dominada por los oficiales de caza, que responden al rey. Este propietario reclama una serie de medidas con el objetivo de proteger los cultivos. Exige el cercado de las tierras de caza del rey para evitar los traspasos de los animales. Sin esto, “[...] no hemos ganado casi nada, o más bien, nada, de vuestro decreto del 4 de agosto”²³. Más adelante agrega la fijación de límites estrictos para la caza del rey exclusivamente en terrenos incultos y bosques, la indemnización a expensas del rey a los cultivadores que hayan sufrido daños (estos últimos deberán dar su aval al monto), la prohibición de cazar en las propiedades de otros, la indemnización por terrenos usurpados, y por último declarar incompatibles las funciones de la municipalidad con las del oficial de caza (esto claramente buscaba desplazar a los lacayos del rey del poder político local). Como se hace evidente, en Fontainebleau solo no se han eliminado aspectos del feudalismo obviados por el Comité de Merlin de Douai, sino que incluso no se han puesto en práctica medidas decretadas el 4 de agosto. El programa que emerge desde los propietarios es claro. Cabe destacar que este departamento, Seine-et-Marne, estará entre los más activos de la ola de disturbios rurales que sacude a Francia entre junio y agosto de 1791²⁴.

En mayo de 1791, un miembro del club informa de una serie de problemas que aquejan a la ciudad de Mennecey (departamento de Essone, en la antigua Île-de-France). Allí, el señor ha ocupado un comunal antes de la revolución. A partir de noviembre de 1790, con los decretos que autorizaban la recuperación de las tierras ocupadas, el alcalde le exige al Duque de Villeroy, una indemnización por el comunal apropiado. Pero este último logra hacerse con el control de la guardia

22 “[...] *où j'habite une partie de l'année*”, Aulard, A., Op. Cit., Tomo I, Pág. 250. Esto refuerza la idea de que estamos frente a un propietario acomodado. La traducción es nuestra.

23 “[...] *nous n'avons presque rien gagné, ou plutôt, nous n'avons rien gagné de votre décret du 4 août*” Aulard, Idem, Pág. 251. La traducción es nuestra.

24 Soboul, A., Op. Cit.

nacional llenándola de sus “lacayos”²⁵, a quienes transforma en ciudadanos activos, y se dedica a perseguir al alcalde. Envía un grupo de hombres a asesinarlo, pero estos fracasan. “Esto hizo ruido, se tocó a rebato, toda la parroquia se puso en movimiento”²⁶. Se arma una refriega, y varias personas terminan heridas. No queda claro en que termina todo esto a nivel local, ya que el documento no prosigue. Pero sí se nos informa de las acciones legales. En Corbeil (departamento de Oise, justo al norte de Île-de-France²⁷) solo se deja testimoniar a gente comprada por el señor, por lo que el dictamen condena al alcalde (que ha sido asesinado finalmente) considerándolo responsable de los desórdenes. Los jacobinos nombran comisarios para una intervención en los sucesos. El departamento de Essone no se caracteriza por ser un punto de gran actividad insurreccional, y de hecho, el castillo de Mennecey logra sobrevivir a la revolución, aunque no tenemos datos precisos de la actividad política en Mennecey. Donde sí hay un gran nivel de agitación popular es en el departamento de Oise entre junio y agosto de 1791. Resultaría infundado sugerir que los campesinos, por costumbre, hayan acudido a Corbeil para efectuar sus protestas violentas, sobre todo habiendo un castillo en su propio pueblo. Empero, sí sabemos que los campesinos acudieron a Corbeil para emprender acciones legales. Las decisiones del tribunal pueden haber tenido injerencia en la actividad política local, si bien lejos estarían de ser determinantes. De hecho, una lista confeccionada por Alphonse Aulard de los clubes jacobinos a marzo de 1791 encuentra a Corbeil entre sus sociedades²⁸. El fallo del tribunal, que alcanza la sociedad madre en París, no puede haber pasado desapercibido por el club jacobino de Corbeil.

La política campesina en estos primeros años combina la acción directa con intervenciones políticas en espacios con representación legislativa, fundamentalmente, en los jacobinos. Esta relación se hace evidente para todos, y la derecha monárquica no tarda en denunciarla. Entre febrero y abril de 1791 encontramos una cantidad asombrosa de panfletos monárquicos que reiteradamente acusan a los jacobinos de la quema de los castillos. Y la sentencia definitiva la da un panfleto de marzo de ese mismo año que simplemente plantea que los cultivadores se están haciendo jacobinos, al transformar sus sociedades patrióticas en filiales de la sociedad parisina. Tenemos que tener en cuenta que entre fines de 1790 y enero de 1791 hay un pico de insurrecciones campesinas con su respectiva guerra a los castillos. Considerando los tiempos de las noticias, el ataque de los monárquicos resulta sumamente lógico. Aún así, que los monárquicos acusen a los jacobinos de

25 Aulard, A., Op. Cit., Tomo II, Pág 448.

26 “*Cela fit du bruit; on sonna le tocsin, toute la paroisse fut en mouvement*” Aulard, Tomo II, *Ibid.*

27 Esto es sin duda muy curioso. Los departamentos, sin ser tan lejanos, tampoco están pegados, y entre ellos se encuentra París. La justicia de Corbeil rige sobre Mennecey desde fines del XIV por cuestiones referidas a los títulos nobiliarios. Sin embargo, esto no tiene ningún sentido para 1790. Lo único que queda pensar es que la costumbre lleva a ambas partes a efectuar la denuncia en un tribunal que ya no tiene injerencia legal en el departamento.

28 Aulard, A., Op. Cit, Tomo I.

orquestrar la quema de los castillos no significa que estos efectivamente estén detrás de las quemas, puede consistir en una simple difamación. Sin embargo, sin adherir a la tesis monárquica, no dejamos de pensar que estos están en cierto modo relacionados con las insurrecciones. En primer lugar, en marzo de 1791 se da en los jacobinos un interesante debate entre Barnave y Brissot. Barnave en un comunicado de la sociedad madre a las filiales en las provincias se muestra reticente a aceptar las insurrecciones populares. Evidentemente este comunicado responde a las agitaciones que han sacudido a las provincias unos meses antes, como el mismo Barnave lo hace explícito. En él, recomienda a las sociedades de provincia decirle al pueblo que sus representantes persiguen sin cesar una vasta empresa en su beneficio. En este discurso está presente una idea común en muchos legisladores, jacobinos o no, que considera que como los legisladores están actuando, no tiene ningún sentido sublevarse. Esta idea la encontramos en los legisladores luego del 4 de agosto²⁹. Esto es justamente la crítica que le realiza Brissot. En primer lugar, Brissot acusa a Barnave de achacarle al pueblo una efervescencia que no existe, y que es monopolio de los curas refractarios. Por supuesto que Brissot está al tanto de lo sucedido los meses anteriores, pero lo que hace aquí es echarle la culpa no a los que se sublevaron, sino a aquellos que frenan el proceso revolucionario, personificados en la figura de los curas refractarios. Y finalmente denuncia la idea imperante en Barnave: “[...] vemos que M. Barnave ha diluido en seis páginas una idea que puede ser expresada en dos líneas. He aquí: 'Pueblo, quieren ustedes tener buenas leyes, no molesten a sus legisladores, y nada de movimientos’”³⁰. Brissot ataca de frente la presunción de ciertos legisladores que consideran injustificadas las insurrecciones por el simple hecho de que se estaría legislando. Son sucesos como estos los que van a determinar rupturas en los jacobinos. Barnave partirá con los Feuillants a mediados de 1791. Evidentemente, su idea de revolución no puede amparar las praxis políticas que está llevando adelante el campesinado.

De esto se desprende que las praxis políticas del campesinado no solo obligan a los legisladores a ir más lejos con las medidas antifeudales³¹, si no que incluso van incidiendo en la composición y la política de los jacobinos, que tiende a girar hacia la izquierda. Pero el proceso no es unilateral. Los jacobinos también intentan desincentivar las revueltas agrarias. En abril de 1791 se le concede la afiliación a una sociedad de cultivadores de Argenteuil (Val-d'Oise, norte de la Île-de-France). Uno de sus miembros, Etienne Chevalier, pronuncia un discurso donde se laurea a los habitantes de esa comarca. Se los reconoce como patriotas de primera hora, y se los compara con

29 Markoff, J., *The abolition of feudalism. Peasants, lords and legislators in the French Revolution*, Penn State Press, 1996.

30 “ *On voit que M. Barnave a délayé en six pages une idée qui peut être exprimé en deux lignes. La voici: 'Peuple, voulez-vous avoir de bonnes lois, ne troublez point vos législateurs, et point de mouvements’*” Aulard, A., Op.Cit., Tomo II, Pág. 192. La traducción es nuestra.

31 Markoff, J., Op. Cit.

animales de trabajo (abejas, hormigas, etc.). Es muy elogioso para con los legisladores, celebra el 4 de agosto, cuando se “derribó todo”³², y también destaca la puesta en venta de los bienes nacionales, que permiten el acceso a la tierra a los más humildes ya que se vende barato. El discurso muestra un claro relato de etapas. Primero, en julio de 1789, con el estallido revolucionario el pueblo se levanta, con picas y guadañas, garantiza las subsistencias, y desarma miles de bandidos (en clara referencia a los sucesos del gran miedo). Luego, concurren con orgullo a los campos de la federación, y continúan trabajando, mientras los legisladores, valga la redundancia, legislan en su favor. Este discurso es reimpresso y enviado a Caen (Normandía), donde ha estallado una insurrección, con el propósito de calmar los ánimos. Si bien es evidente que los campesinos insurrectos de Normandía difícilmente vuelvan a sus casas tras la lectura de este discurso, eso no significa que los jacobinos no tengan la voluntad de moderar el accionar político de los campesinos. Esto se puede percibir para las insurrecciones de febrero a abril de 1792, las más violentas, que tocaron a muchísimas regiones. En este caso los documentos son poco claros. La modalidad de registro ha cambiado, y los debates no se desarrollan en extenso. Solo se imprimen los balances. En reiteradas ocasiones desde fines de 1791 en adelante, los jacobinos se muestran preocupados por sucesos ocurridos en Avignon, y luego amplían su consternación al Midi (sur) entero. No hay mucho detalle, pero la última mención que encontramos relata la paz conseguida en Avignon gracias a la presencia de la guardia nacional enviada desde Marsella, y la percepción que se tiene es más bien positiva.

Poco después de estos eventos, hacia mediados de 1792, se discute en Francia la declaración de guerra a las potencias enemigas. La práctica totalidad del espectro político está a favor, la derecha, porque considera que será un fracaso que podrá posibilitar la restitución del ahora impopular Luis XVI (había intentado fugarse a mediados de 1791). Los jacobinos (el sector de Brissot), porque por un lado creen que la verdadera amenaza es externa, y por otro porque lo ven como un factor que puede generar una unidad nacional. Sólo una destacada figura política (y sus respectivos aliados) se opone a la guerra: Robespierre. En sus argumentaciones, destaca que el enemigo de la revolución no está cruzando la frontera, si no que está dentro de Francia. El enemigo es interno, y es, por supuesto, la aristocracia. Con este argumento, se opone a la leva masiva que promueve la Asamblea Nacional. La leva está siendo muy impopular por todo el campo. El ejército siempre lo fue, y esta vez no es la excepción³³. En junio de 1792 en la región de Beauce un grupo de campesinos ataca a una pequeña división de soldados, matando a varios, y forzándolos a

32 Aulard, A., Op. Cit, Tomo II, Pág. 325.

33 Girard, G., *Le service militaire en France à la fin du règne de Louis XIV*, Paris, Plan-Nourrit et compagnie editores, 1921.

retroceder. También en junio, el redactor del diario de Cantal se muestra preocupado por la suerte de los campesinos. Por el decreto de la leva masiva, estos deben esconderse en los bosques, y las tierras permanecen incultas. Cabe mencionar que la región de Cantal ha sido muy belicosa desde 1789. El orador destaca que los campesinos hayan quemado solo doce castillos sobre cien que hay en la región, y que estos doce perteneciesen a emigrados. Esto por un lado resalta la impotencia de los jacobinos, que ven en doce castillos una cuota baja de violencia. Por el otro, evidencia la organización de los campesinos que eligen con precisión sus blancos políticos, los castillos de las figuras más odiadas en Francia, los emigrados.

Sería un error atribuir la oposición de Robespierre a la guerra y a la leva a la posibilidad de sembrar descontentos en el campo. Sin duda alguna lo guían razones más amplias, empero, no por eso debemos descartar la posible influencia que haya tenido en Robespierre la posibilidad de acentuar el descontento en el campo. Después de todo, entre 1789 y 1792, las insurrecciones campesinas son, con altibajos, una constante.

Conclusión

Muchos historiadores han interpretado la *jacquerie* de 1358 como un conflicto antifiscal³⁴. No cabe duda de que esto es así, ahora sí, podemos preguntarnos si esto fue *exclusivamente* así. Guy Fourquin desliza en su análisis la idea de que el campesinado se enfrenta tanto al señor como al Estado. Otros autores, como Mollat y Wolff, difícilmente lo plantean. Sin embargo, hay ciertos indicios que sin duda alguna nos permiten pensar que en el conflicto de 1358 el peso de lo antifeudal es mucho mayor de lo que se cree. Aquí es donde entra en juego la comparación con 1789. Empero, la comparación con el gran miedo oscurece más de lo que aclara.

Efectivamente, son muchas las similitudes entre uno y otro fenómeno. Sin duda alguna, la similitud fundamental es la presencia de grupos de bandidos y saqueadores, sean estos reales o imaginarios. ¿Alcanza esto para hacer pertinente la comparación? Lefebvre habla de la idea de un complot aristocrático en el origen del gran miedo, dándole un sentido de clase al gran miedo. No hay duda de que la miserable y endeble existencia del campesinado se explica en gran medida por la extracción del excedente por parte del señor. Sin embargo, no creemos que allí resida el origen del gran pánico. El gran miedo combina una serie de factores que exceden estos aspectos, como lo es la circulación de falsas noticias, las insurrecciones en otras provincias, etc. La comparación, si no es

34 Mollat, M., y Wolff, P., Op. Cit., y Fossier, R., *La Edad media. El tiempo de las crisis, 1250-1520*. Barcelona, Crítica, 1988.

errada, al menos es forzada. De hecho, siguiendo a Tackett³⁵ hemos puesto en duda la presencia de la idea del complot aristocrático en los campos, esto es más bien un fenómeno parisino. En todo caso, el complot aristocrático aparece cuando otra idea desaparece, la de la venida inminente de bandas de saqueadores. Cuando se comprueba que el gran miedo no es más que una “gigantesca mentira”, los campesinos le imprimen un sentido de clase a su experiencia. Sin embargo, no llega muy lejos. Raras son las regiones en las que coincide la revuelta agraria con el gran miedo, si bien en algunos casos esto se da, como en el Vivarais (Languedoc).

Así pues, nos parece de mayor utilidad la comparación con la revuelta agraria. Ambos procesos presentan raíces similares. Las dos corrientes principales de la historiografía de la revolución francesa, la marxista y la tocquevilleana, encuentran explicaciones muy distintas a 1789. Mientras los primeros hablan de una reacción ante las cargas excesivas que impiden el desarrollo económico del campesinado, los segundos consideran que más bien se trata de un fenómeno político. El avance estatal ha desplazado a los señores de sus funciones paternalistas sobre la comunidad, y el campesinado llega a la conclusión de que ya no tiene sentido pagar los censos y demás. John Markoff considera que la revolución involucra un poco de ambos³⁶, y, en cierto modo, la crisis de 1358 también presenta ambos factores. El campesinado es agobiado por las cargas tanto feudales como estatales, y en este contexto el rol social de los señores parece debilitarse, como indican las crónicas de Froissart y otros. ¿Pero qué hay de la fiscalidad en 1789? El grueso de los cuadernos de parroquia tiene una especial atención para con los impuestos. Se exige la abolición de los más impopulares, que son fundamentalmente los impuestos indirectos, tales como las *aides* y las *gabelles*, mientras que se exige una reforma para los impuestos directos. El condimento fiscal también está presente en 1789.

Por otro lado, en ambas ocasiones vemos la articulación del movimiento campesino con la burguesía. A fines del siglo XVIII, esta articulación tiene éxito, al menos para los campesinos propietarios. En 1793 la ley agraria jacobina fortalece la propiedad, dejando a su suerte a los campesinos. En este momento se opera un quiebre en el frente político campesino, y cambia el carácter de la protesta, así como su fortaleza, que decae³⁷. 1358 nos presenta en cambio la situación contraria. El campesinado se organiza, y Guillaume Carle busca acercar el movimiento a París. Sin embargo, en París se resiste a la alianza, y la raigambre nobiliar del rey de Navarra lo lleva a cambiarse de bando. A su vez, sectores de la burguesía dudan de la pertinencia de tal alianza. Si bien Marcel da señales favorables en un primer momento, luego se distancia. En París, los

35 Tackett, T., Op. Cit.

36 Markoff, J., Op. Cit.

37 Soboul, Op. Cit. y Markoff, J., Op. Cit.

campesinos no logran ser oídos por las facciones políticas que lideran la revuelta.

Esto nos lleva por último a pensar el tema de la organización. El gran pánico muestra una organización local. Las aldeas forman comités de autodefensa, y se atrincheran aguardando la llegada de los bandidos. Incluso cuando se instala en el campo la idea del complot aristocrático, el grueso de las aldeas permanece pasiva, y unas pocas se suman a la vorágine revolucionaria. En 1358, un conflicto entre campesinos y hombres de armas se transforma en movimiento, con líderes y hasta una táctica política y militar, que consiste en elegir los castillos a saquear para mejorar los resultados militares, y a la vez dar señales a París de la verdadera fuerza que pueden tener como ejército. La revuelta agraria de 1789, por su parte, presenta un alto grado de organización. Los espacios de politización ya no son los de antes (la parroquia). Clubes políticos, asambleas municipales, y por supuesto, la guardia nacional transforman la vida política de las aldeas y pequeños burgos. Emergen líderes, y el campesinado toma medidas que denotan cierta conciencia de los objetivos militares, como lo demuestra la selección de castillos quemados en la región de Cantal.

Ahora sí, el presente trabajo no busca la comparación por la mera gimnasia de hacerlo. Lo que queremos sugerir, es que se ha menospreciado el nivel de organización del campesinado en 1358. Un lugar común en la historia agraria consiste en el prejuicio que atribuye al campesinado un carácter reaccionario o costumbrista. Se considera que el campesinado solo lucha por conservar su situación tal cual está, o tal cual estaba antes de la irrupción de algún elemento extraño (una reacción señorial, una suba de impuestos, una invasión, etc.). En 1789 son reiteradas las ocasiones en que el campesinado, aludiendo a la costumbre, está en realidad deslizándose con argumentos viejos, reclamos políticos nuevos que no lo devuelven a una situación anterior, si no que representan, en caso de triunfar, importantes conquistas para su situación material y política³⁸. En otras palabras, en ocasiones los campesinos (como en 1789) tienen un programa político de cambio, por lo cual sus insurrecciones no consisten en meras reacciones mecánicas a provocaciones externas³⁹. A su vez, muchas veces se malinterpreta la idea de programa, y por este se entiende un documento que presenta una infinidad de items que permiten a un movimiento político ir de un lugar a otro, como sería del capitalismo al socialismo. Sin embargo, creemos que encuadrar el programa en tan reducida definición nos obliga a desecharlo injustamente a la hora de pensar la lucha de clases en los períodos medieval y moderno. El programa político puede consistir tan solo

38 Hunt, D., "Peasants Politics in the French Revolution" en *Social History*, Vol. 9, nº 3, Londres, Taylor & Francis, Octubre 1984.

39 Mollat y Wolff destacan el carácter espontáneo e incoherente del movimiento, descartando así la posibilidad de que el campesinado tuviese una proyección política. Mollat, M, y Wolff, P., Op. Cit. Para una crítica de la "espontaneidad" en las revueltas véase Astarita, C., Op. Cit.

en una serie de objetivos a corto plazo. En 1789, el campesinado tiene las miras más cortas que cualquier otro sector social. No tiene ningún proyecto alternativo a las instituciones vigentes. No obstante, lo que no tiene de constructivo lo tiene de destructivo. Ningún cuaderno de quejas va tan lejos en materia de abolición sin indemnización como los de las parroquias⁴⁰. En este sentido, creemos que las fuentes de 1358 dan claras señales de tendencias antifeudales. Y no solo eso, si no que el nivel de organización del movimiento, su masividad y su praxis política nos sugieren la existencia de un programa, por más precario que sea. El movimiento muta, define líderes, selecciona sus objetivos militares, y organiza una política pragmática de cara a una posible alianza con París. Así pues, creemos que Froissart es claro cuando este dice: “*Cuando les preguntaban porqué hacían aquello, respondían que no lo sabían, pero que como lo veían hacer a los demás ellos también lo hacían. Pensaban que debían destruir de ese modo a todos los gentiles y nobles del mundo para que no quedara ninguno*”. Algunos historiadores eligen ampararse en la escasez de documentos para creerle a Froissart, olvidando que el autor busca reducir el movimiento a la irracionalidad, y recayendo de este modo, en la idea de que el campesinado solo lucha para recuperar lo perdido. Nosotros preferimos tomar riesgos, y considerar que esa última frase da la pauta fundamental de un programa político: la erradicación de la nobleza como clase social, y con ella, del feudalismo.

Bibliografía:

- ♣ Aulard, A., *La société des jacobins. Recueil de documents pour l'histoire du club des jacobins de Paris*, Tomo I, Paris, Quantin, 1892.
- ♣ Astarita, C., “¿Tuvo conciencia de clase el campesinado medieval?” en *Edad Media. Revista de Historia*, nº3, Universidad de Valladolid, 2000.
- ♣ Boutier, G., “En un débat douteux. Les communaux, quels enjeux dans la France des XVIIIe-XIXe siècles?” en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, nº 53, Paris, Belin, 2006.
- ♣ Buchez, P., *Histoire parlementaire de la Révolution française, ou Journal des assemblées nationales depuis 1789 jusqu'en 1815*, Tomo II, Paris, Félix Locquin, 1834.
- ♣ de Tocqueville, A., *El antiguo régimen y la revolución*, Alianza, Madrid, 2004.
- ♣ Fossier, R., *La Edad media. El tiempo de las crisis, 1250-1520*. Barcelona, Crítica, 1988.
- ♣ Fourquin, G., *Los levantamientos populares en la edad media*, Madrid, EDAF, 1976.

40 Markoff, J., Ídem.

- ♣ Froissart, J., *Crónicas*, Madrid, Siruela, 1988.
- ♣ Girard, G., *Le service militaire en France à la fin du règne de Louis XIV*, Paris, Plan-Nourrit et compagnie editores, 1921.
- ♣ Hunt, D., “Peasants Politics in the French Revolution” en *Social History*, Vol. 9, nº 3, Londres, Taylor & Francis, Octubre 1984.
- ♣ Lefebvre, G., *El gran pánico de 1789*, Barcelona, Paidós, 1986.
- ♣ Markoff, J., *The abolition of feudalism. Peasants, lords and legislators in the French Revolution*, Penn State Press, 1996.
- ♣ McPhee, P., “The French Revolution, Peasants and Capitalism”, en *The American Historical Review*, nº 94, Chicago University Press, Diciembre de 1989.
- ♣ McPhee, P., *La Revolución Francesa, 1789-1799. Una nueva historia*, Barcelona, Crítica, 2007.
- ♣ Mollat, M., y Wolff, P., *Uñas azules. Jacques y Ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV*, Madrid, siglo XXI, 1976.
- ♣ Soboul, A., *Problemas campesinos de la revolución 1789-1794*, Madrid, Siglo XXI, 1980.

- ♣ Tackett, T., “La grande peur et le complot aristocratique sous la Révolution française” en *Annales de la Revolution française*, nº335, Armand Colin, enero-marzo de 2004.